

De las entrañas de la tierra a la deportación

La vida trágica de los mineros de Figols

Están ya camino de Bata los deportados, las víctimas de esta República que, como Lady Macbeth, con toda el agua del mundo no podrá lim-

ha descrito sus sufrimientos, el trabajo bárbaro que en pocos años les agota, su existencia pasando ocho horas hundidos a 600 metros bajo

destruye y arruina su salud. A los cuarenta, son ya guifiapos humanos, que la sociedad asesina que les exprimió hasta sorberlos enteros, arroja al muladar como inmundicia.

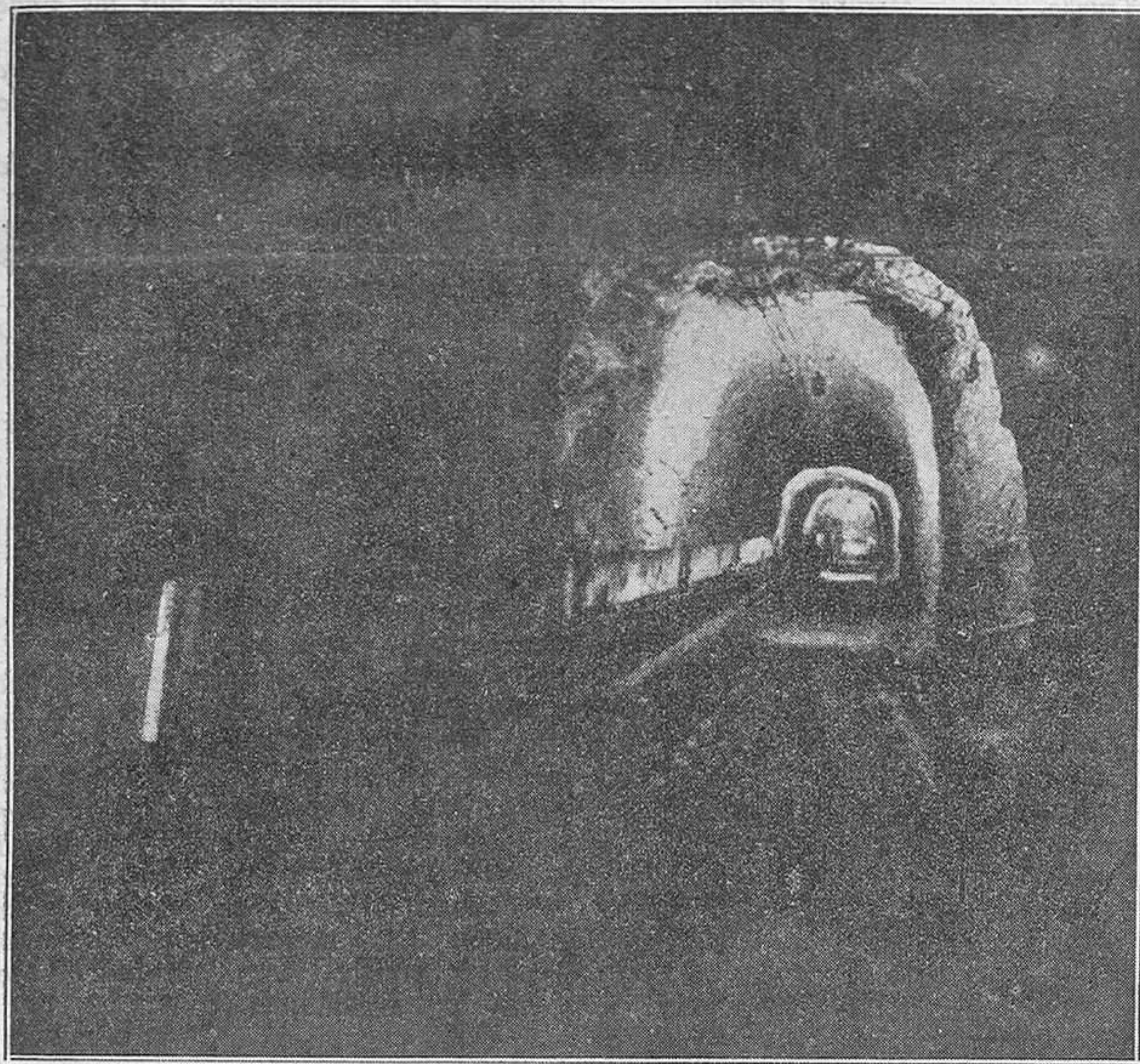
Se crían flacuchos, pálidos, ven poco al Sol, respiran el aire enrarecido de los pozos, del mundo subterráneo al que descienden en su labor de galeotes, en una lucha trágica con los elementos, con los monstruos ocultos y rugientes, que a veces les tragan, sepultándoles por siempre más en sus entrañas...

Ganan un jornal irrisorio, que no puede pagar ni la mitad del desgaste de sus cuerpos, nutrir sus organismos, que la faena insana devora. ¡Qué les importa eso a sus explotadores! ¡Ellos no son más que instrumento de trabajo, menos que ganado, pues no cuestan dinero intrínseco; mucho menos que máquinas, que ha de recomponer el burgués cuando se estropean!

¡Modernos esclavos, siervos rebelados contra sus nuevos amos, mesnadas vueltas en sí de su letargo de siglos! Desde el fondo de vuestras minas, desde la negrura de vuestra vida, habéis percibido la luz de un ideal, la esperanza y el anhelo de una existencia mejor... Y este derecho os lo niegan vuestros verdugos; y esa voluntad sublime y heroica de tomároslo por vuestras manos, os ha conducido a la deportación, a la cárcel, a la muerte quizá...

¡Pero qué importa, si habéis vivido la breve, la deslumbrante realización de un sueño, si lo habéis oprimido entre vuestros brazos durante unas horas maravillosas; si la historia se inclinará ante vosotros, topos lanzados en un vuelo de águilas para escalar las cimas, y os saludará como a los Precursores de la Nueva Era!

Carlos Madrigal, en «Nuevo Mundo», escribió un reportaje — el menos idiota que hemos leído, salvando, ni que decir tiene, los excelentes artículos de Eduardo de Guzmán en «La Tierra» — sobre la vida y la gesta de los mineros de Figols.



Una de las galerías subterráneas de las minas de Figols.

piarse las manchas de sangre que la cubren, el oprobio y el lodo en que se ha encenagado.

A estas horas, quizá nuevos barcos de deportados, vencidos en Tarrasa, en Zaragoza, cazados en Barcelona, por toda España, al levantarse en una protesta desesperada y viril ante la infamia cometida con sus hermanos en explotación y en ideales, irán nuevamente con rumbo a Bata, a Fernando Poo, quién sabe a dónde...

¡Oh, por más que sangren nuestras almas, que se crispén nuestros puños, ni la fe alviva, ni la confianza tranquila, ni la voluntad indomable nos abandonan!

¡Deportados a todos, encarcelados a todos, perseguidos a todos, matados a todos...!

¿Acaso alguna vez las represiones, las persecuciones, el martirio y la muerte consiguieron matar a un ideal, detener el proceso inevitable de los acontecimientos, alterar el curso de la evolución? Sembrar de sangre de mártires, de lágrimas de víctimas la tierra, es lanzar en ella a voleo la semilla del ideal que se pretende exterminar.

¡Qué no lo olviden esto los tiranos de España!

¡Rumbo a Bata van los mineros de Figols, levantados y vencidos en una gesta heroica!

¡Ellos, los topos humanos, que se alzaron en un vuelo de águilas para escalar las cimas!

El régimen, que les ha desterrado a un clima mortal y a una lejana tierra; España, que ha permitido la infamia; el Parlamento borreguil, sin corazón, sin entrañas, que votó la deportación; el mundo entero, nadie ha cuidado de inclinarse sobre la tragedia de estas vidas, sobre el trabajo y el martirio de estos hombres, que, sin embargo, no tuvieron ni un sentimiento de rencor, ni un impulso de venganza contra los que el día antes eran sus despotas, sus señores, los vampiros de su sangre, que se iban bebiendo gota a gota.

No obstante, la misma prensa burguesa, que ha combatido sin piedad, ferozmente, a estos hombres, su acto y el ideal que les inspiraba,

tierra, extrayendo de las entrañas de ella el mineral que enriquece a los otros, los señores, los nuevos feudales, dueños de sus vidas, omnipo-



Mineros de Figols en el fondo de su infierno.

tentes, defendidos y apoyados por el Poder y las fuerzas que lo sostienen.

El trabajo, agotador, insano, en pocos años

Hablaba en él de sus condiciones de trabajo, de su existencia en las minas, de sus salarios, de la explotación de que se les hace víctimas, de su esperanza frustrada de que la República mejoraría en algo su situación, aunque sólo fuese defendiéndolos de la voracidad de las sanguijuelas humanas que les comen la vida. Describía esas horas de la gesta, esos días de comunismo libertario, abolida la moneda, todos iguales y todos libres, que los mineros, aun los menos conscientes, recuerdan como «una cosa buena que se acabó demasiado pronto...» Y de ese muchacho que clavó en lo más alto de la montaña, en la roca más señera, la bandera roja y negra de la Anarquía, que desplegó sus alas al viento sobre la Tierra Liberada por cinco días...

Las fotografías que ilustran este artículo muestran gráficamente lo que es el trabajo en las minas de Figols, lo que es esa epopeya de dolor y de muerte; muestran cuál es la tierra abonada de sufrimientos en que prendió la semilla del ideal maldito y perseguido, pero indestructible como el pensamiento, como la propia vida.

Y esta otra es el barco, el «Buenos Aires», rumbo a Bata, cargado de hermanos nuestros, llevándose a los explotados que osaron rebelarse, a los esclavos que osaron ser hombres libres, a los topos que osaron escalar las cumbres... Con ellos van sus hermanos y nuestros

“EL LUCHADOR” ANTE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Con este mismo título publicábamos, en el número correspondiente al 24 de abril, o sea diez días después de proclamada la República, un artículo que nos es grato recordar para que el gobierno averigüe, si quiere y lo considera necesario, las causas por las cuales EL LUCHADOR no podría sustentar, con respecto a la República, el criterio que expuso pocos días después de caer la monarquía.

Decíamos entonces: «El acto tiene cierta solemnidad. Lo tiene por la sencillez, no desprovista de grandeza, con que se ha pasado de un régimen monárquico conservador, a un régimen republicano federal, aunque, en el momento de trazar estas líneas, se noten, en el nuevo gobierno, ciertos resabios centralistas. Tiene, también, cierta solemnidad el momento presente, porque el criterio social y político que habrá de establecerse mañana, se dirige, con nobleza y dignidad, a un régimen político que empieza a imperar ahora. (Nos referíamos al federal.)

Por de pronto, advertimos a los republicanos que ya quisieramos los anarquistas, que mañana habremos de poner en práctica nuestras ideas, las facilidades que han encontrado el gobierno anterior y en el ex jefe del Estado español. Jefe y monárquicos, podían resistir y no han resistido. Que al final de una cruenta contienda los monárquicos y sus defensores hubieran sido vencidos, por descontento lo damos; pero hubiera habido lucha y sangre y no la ha habido. Ojalá que el gobierno republicano y su jefe de Estado, se porten, mañana, con los anarquistas, como se han portado con los republicanos, el gobierno monárquico y su jefe de Estado.

Así opinamos los anarquistas de EL LUCHADOR y así opinan, seguramente, la mayoría de los anarquistas españoles. Y opinamos, también, que ante un probable movimiento de derechas contra la República, hemos de ponernos al lado de la República, aunque nada hiciéramos para establecerla.

Y al decir esto, estamos muy lejos de pensar que la República no podrá consolidarse sin contar con los anarquistas. Que no cuenten con los anarquistas los republicanos españoles para consolidar su forma de gobierno; pero que no les teman mientras no se consolide. Nada queremos de un Poder republicano, monárquico o socialista; mas entre una República salida del pueblo, y una monarquía por la gracia de Dios, preferimos la República del pueblo, aunque mejor quisieramos verle en anarquía.»

En el mismo número de EL LUCHADOR y en otro artículo titulado «EL LUCHADOR a sus lectores y amigos», decíamos:

«Se ha decretado ya la libertad de cultos, la secularización de los cementerios, la emancipación de las conciencias y todo hace suponer que se va a la separación de la Iglesia del Estado, para que sean los feligreses los que mantengan su Iglesia. Se trata, pues, de una República avanzada que garantizará, de momento, todos los derechos espirituales. Nosotros creemos que no tendrán una visión clara del momento ni de sus conveniencias ideales, los anarquistas y aun los obreros que pongan dificultades a la nueva República española, exigiéndole más que puede dar y de lo que está dando.»

Pues todo este crédito moral que para EL LUCHADOR representaba la República, los actos de su gobierno lo han dilapidado.

hermanos en ideal de Sallent, Berga, Cardona, Suria, de Barcelona; pronto irán nuevas víctimas y nuevos hermanos... Pronto, muy pronto también, no quedará ni un hombre honrado y digno en España: todos habrán sido deportados por la partida de hampones con carnet de la U. G. T. o con cartera de ministro que devasta España.

Pero escuchad bien: si con ello, si llenando las cárceles de España; si negando a los hombres el derecho de pensar y a los esclavos el derecho de rebelarse; si negando a los miserables el derecho a aspirar a una vida mejor, a un poco más de pan y de justicia; si imponiendo por el terror vuestra paz, vuestro orden, vuestros principios y vuestros intereses; si persiguiendo en sus hombres a un ideal enraizado en lo más profundo de la sangre humana y que está en la cima de toda la evolución política, de toda la evolución social y de toda la evolución filosófica; si deportando, encarcelando, matando, ahogando nuestra voz, creéis acabar con el ideal anarquista, os engañáis. Como se engañaron los zares de Rusia, como se engañan los bolchevi-

Y lo han dilapidado, sépase de una vez, con pena por nuestra parte.

La causa inicial de esta oposición que la República se ha ganado, sin necesidad, fueron los desplantes y las bravuconadas del hijo de Maura y los odios políticos de Largo Caballero, odios que se vieron apoyados por sus compañeros de Gabinete.

Desde que actuaron como gobernantes dichos señores, espiritualmente retrasados, la República perdió el agrado con que había sido vista por las izquierdas obreras.

Y sin dotes de gobernante, que no debían ser las de pegar, sino las de atraer; sin ningún conocimiento, no ya de los sentimientos de la clase proletaria, sino de los humanos sentimientos, que se rebelan contra toda amenaza y provocación inmerecida, sólo por ganas de amenazar y provocar, el Gobierno de la República ha continuado amenazando desmedidamente, pretendiendo que todo el mundo se le sometiera y le obedeciera, no ya porque podía tener razón, sino porque disponía de la fuerza. Acuérdense las pocas ganas de paz que ha tenido el Gobierno. Y así no es posible que la República tenga orden, ni siquiera que resuelva su problema político, que consiste en no tener conflictos por cuestiones ideológicas. La República, de un desacierto a otro desacierto, ya tiene necesidad de perseguir las ideas, poniendo, otra vez, en vigor las fichas persecutorias que heredó de la dictadura.

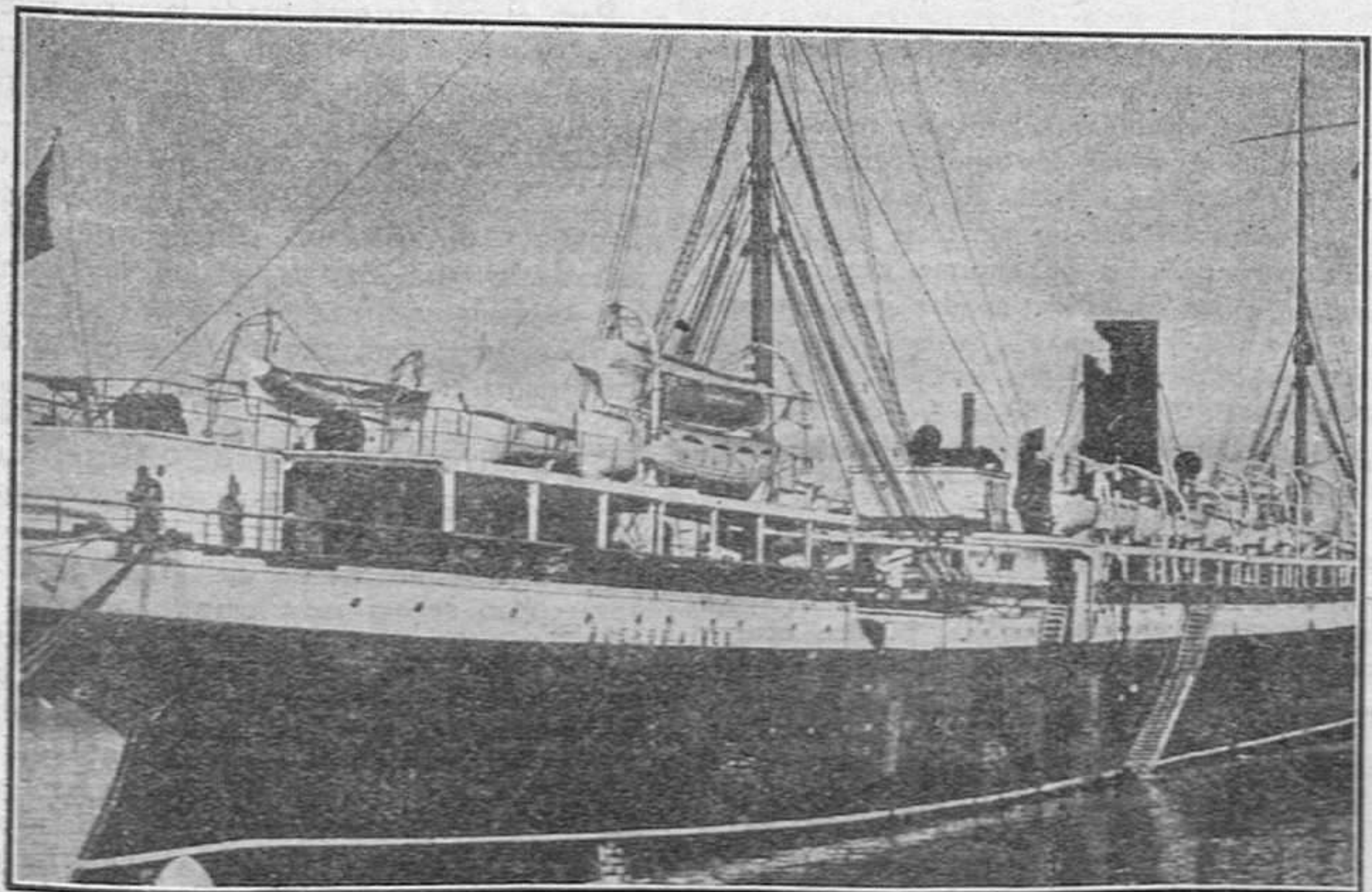
Así hemos visto deportados y detenidos, no delincuentes, sino a gente políticamente llamada extremista, prescindiendo de la Constitución, y recargando la misma ley de Defensa de la República.

Naturalmente... naturalmente dada la mentalidad española y aun dada la mentalidad humana, que no tolera, y hace bien, sin protesta, las injusticias, se ha protestado de las dichas deportaciones y de las dichas detenciones... Ya sabemos que el Gobierno ha ordenado más detenciones y quizá ordenará más deportaciones; pero no lo veremos sin más protestas, y ya en la pendiente que suponen tales pugnas, la República no se consolidará ni gozará de paz por culpa de los que tienen del arte de gobernar un criterio autocrático y de los que poseen un espíritu rencoroso, y quizá, quizá, también, por la ostentación inadecuada de quienes se han visto en la gobernación del país, sin grandes esfuerzos, como han hecho con su riqueza los nuevos ricos ajenos a todo buen gusto y ética.

Los gobernantes españoles, ya en el despenadero, se ufanan en hacer público que la huelga de protesta contra las deportaciones ha sido un fracaso.

Si los protestantes se hubieran propuesto establecer el comunismo libertario, entonces la huelga hubiera sido realmente un fracaso; pero desde el momento que sólo se propusieron protestar contra las deportaciones y se ha protestado con huelgas de veinticuatro horas, no ha habido fracaso alguno. Además, aunque la protesta por las deportaciones hubiese fracasado, no habrían de ser estos los cuidados del Gobierno español. Las preocupaciones de un Gobierno capacitado, fueran estudiar los motivos por los cuales se ha producido la protesta y ponerles remedio con medidas de prudencia. Un Gobierno de hombres capacitados no quedaría satisfecho porque hubiese fracasado una protesta contra sus actos.

¡Pobre del país que tales gobernantes tiene! Desde luego podríamos decir: ¡Pobre República!



El vapor «Buenos Aires», rumbo a Bata, llevándose a los deportados.

